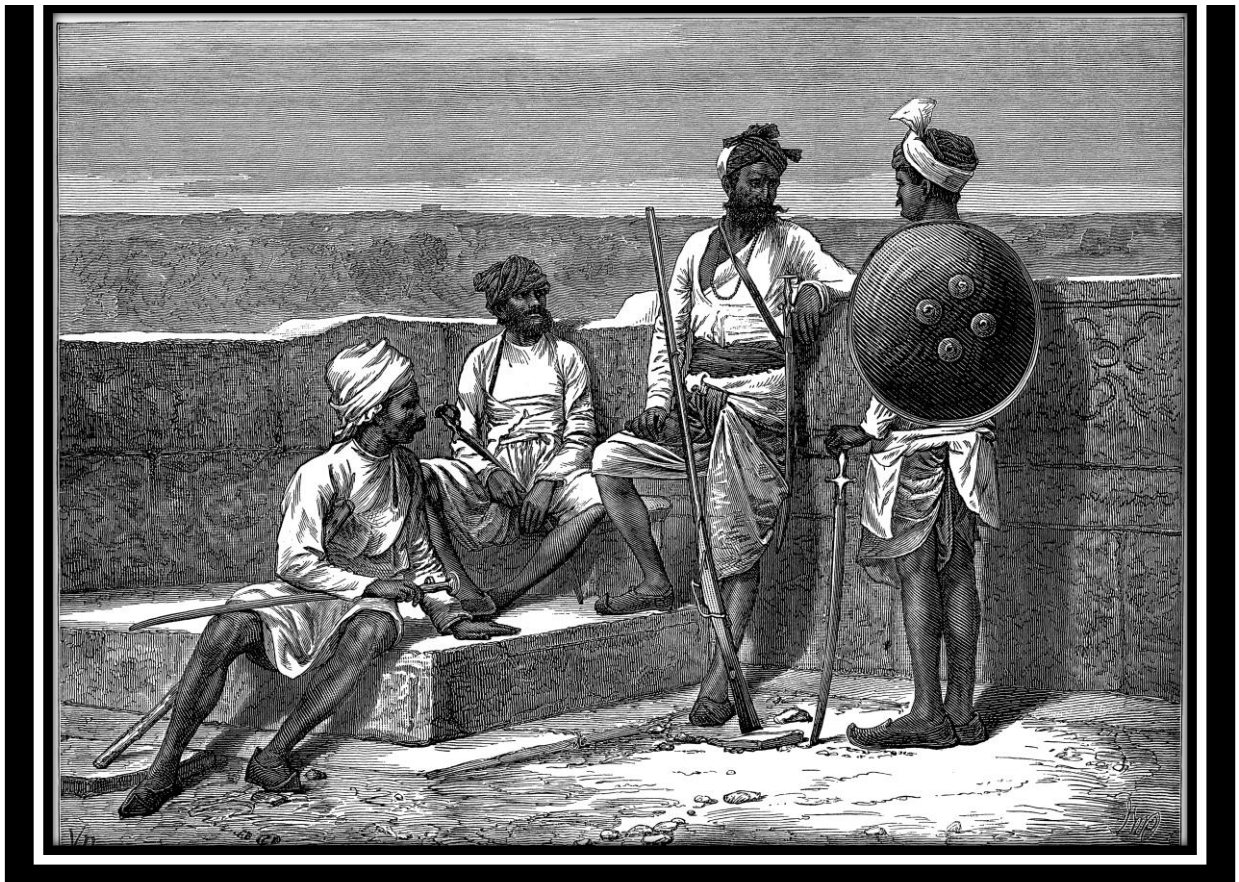


Rajputs y Nairs de la India



Pedro Martín González

En el siglo XIX el ejército de la India británica realizó un registro en el que dividía en dos categorías las comunidades del país: “*marcial*” y “*no marcial*”. Aquellos que eran considerados aptos para el combate por carácter, historia o tradición eran incluidos en el primer grupo. Los que se habían sometido al nuevo régimen sin resistencia adaptándose sin altercados a la imposición política o militar inglesa fueron catalogados como “*no marciales*”.

Es larga la lista de pueblos con el distintivo de “*marcial*” que llegó a componer la administración inglesa, pero estos son algunos ejemplos de tal selección: *Gurkas, Marathas, Shijs, Rajputs, Kodavas, Nairs, Reddys*, etcétera.

De entre todas las comunidades que aún viven en India y que bien pudieran ser dignas de poseer tal sentimiento marcial, o haber estado vinculadas a la causa de la defensa nacional, he seleccionado dos: *Rajputs y Nairs*.



Tengo diferentes razones para hacer semejante selección, en primer lugar el hecho de haber viajado en numerosas ocasiones a través de los paisajes que esos grupos frecuentaron -visitando los Estados de Haryana, Uttar Pradesh, Madhya Pradesh o Kerala- y en los que fundaron ciudades o imperios. Además, este interés ha tenido un trasfondo que enlaza con mi investigación: unos estudios que en este punto no han tratado sino encontrar razones suficientes para comprender por qué se

gestaron entre sus gentes algunas de las tradiciones marciales que a mí me han interesado.

Más allá de ser una habilidad técnica capaz de otorgar un cierto poder a quien la estudia y practica o utilizarse como plataforma sobre la que poner de manifiesto las virtudes de la caballería -valor, justicia, libertad-, el ejercicio de las armas ha supuesto para ciertos pueblos de la India un serio compromiso con la defensa de las fronteras, el honor y los ideales de su país.

Sabemos que el espíritu del ser humano está unido inexorablemente al paisaje que lo acoge y habita, siendo heredero de una historia común que ha ido sedimentándose en el inconsciente colectivo de los hombres, dando esto como resultado una manera de ver y actuar en el mundo que habitamos. Esto también ha sido un hecho en la India, un país muy contrastado donde se fusionan culturas de muy diferente naturaleza, coexisten algunas de las religiones con mayor número de fieles, se habla una gran cantidad de lenguas y dialectos y conviven numerosas etnias y razas.

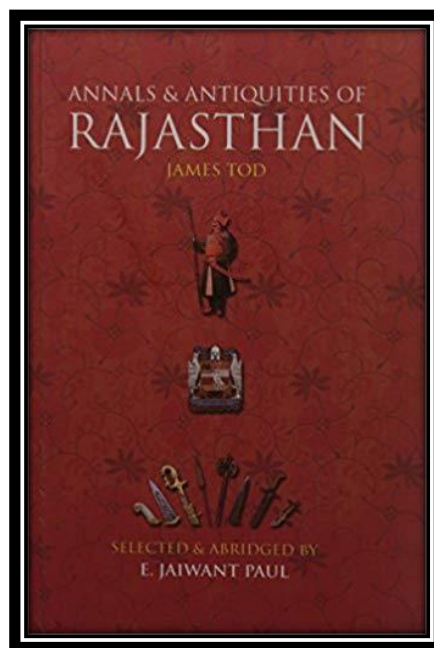


No obstante esto, en diferentes latitudes del Subcontinente, liderados por grupos con procedencias étnicas distintas y acotados en registros históricos dispares, siempre han existido comunidades que sintieron de manera especial la necesidad de unir su destino al hecho guerrero, una decisión que, en ocasiones, afectaba a la libertad de todo el país por muy discordante que pudiera parecer la variopinta

realidad que éste presentara. Sí, algunos de los grupos humanos que encontramos en India aparecen históricamente muy relacionados con el espíritu marcial, con la acción de la guerra, con un patriotismo comprometido hasta tal extremo que alguno de ellos llegó a considerarse “*guardián*” del país.

Para comprender más y mejor al primero de estos grupos, los Rajputs, quiero hacer mención a una de sus costumbres más extremas conocida como *Saka*, o *batalla final sin posibilidad de retorno*, pues esta manera de encarar el destino pone de manifiesto su belicoso espíritu de una manera absolutamente rotunda.

Cuando la fortaleza que se defendía no tenía ya otra salida que el ataque desesperado, tras días, semanas o meses de asedio, cuando todo estaba perdido y únicamente era posible aspirar a morir con honor, los guerreros Rajputs se reunían y acometían el último ataque hacia un enemigo que los superaba en número y en opciones de victoria. Esto era un suicidio en toda regla que se sucedió de manera regular y que, en varias ocasiones aún hoy recordadas, lo hizo de manera impactante por el gran número de bajas que causó.



En efecto, los hombres, después de despedirse de sus familias enfrentaban al enemigo a galope tendido con la única esperanza de obtener un honor ya malogrado. Por su parte, las mujeres Rajputs seguían un camino semejante al de sus esposos, y en un acto de suicidio ritual reunían a sus hijos terminando con sus vidas en una ceremonia de autoinmolación denominada *Jauhar*.

Esta extrema costumbre de los Rajputs nos sobrecoge por su trágico fin pero nos da una idea de hasta qué punto aquellas tribus llegaron a vivenciar algunos de los principios de la caballería como el honor, la justicia o la libertad.

En relación a la procedencia de este pueblo existen diferentes versiones. Para algunos investigadores su origen hay que situarlo en Asia Central, vinculándolos con los Escitas, o *Sakas*. Otros historiadores defienden su vínculo con la región del Punjab, hoy territorio pakistaní. Por último hay quienes hablan de ellos como descendientes de los arios, entroncándolos con los guerreros *Kshatriyas* quienes conformaron el segundo poder de la antigua civilización tras los *Brahmanes*, la casta dominante.

Está constatada la presencia de Rajputs en India en el siglo VII, donde ya se encuentran asentamientos en el Estado de Gujarat, al oeste de la llanura del Deccan, una zona colindante con el actual Pakistán. Más tarde, durante los siglos XI al XII los Rajputs -un total de treinta y seis tribus- eran ya una realidad perfectamente establecida que ocupaba el amplio espacio hoy formado por los Estados del centro y norte de India: Madhya Pradesh, Punjab, Andra Pradesh, Himachal Pradesh, Haryana, Rajastán, Orissa, Bengala, etcétera.

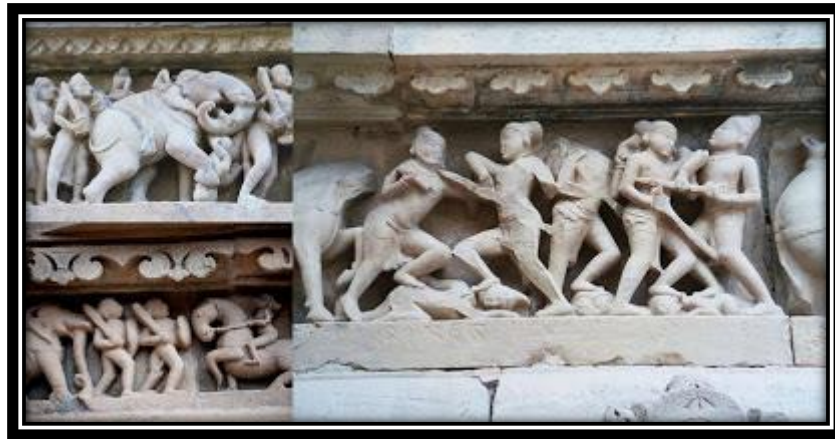


La presencia de semejante número de pueblos dio como resultado un clima de confrontación casi permanente. Los clanes se disputaban territorios y zonas de influencia con el ejercicio constante de la guerra, una actividad que supondría un notable avance de las técnicas de lucha y un gran desarrollo en el diseño de las armas.

Una cosa es bien cierta, aquellos ejércitos tan acostumbrados a la batalla sirvieron de contrafuerte para frenar las invasiones que continuamente se producían desde Occidente y que protagonizaron, entre otros: turcos, afganos o mongoles.

La Enciclopedia Británica describe a los Rajputs como pueblos con una tendencia natural hacia la guerra, comprometidos con su rey y con sus armas, a las que veneraban como si de una deidad se tratara.

Otra referencia literaria la encontramos en el *Prithviraj Raso*, un poema épico sobre el último gobernante Rajput de Delhi en el siglo XII, en el que su autor, Chand Bardai, nombra una enorme cantidad de armas, dándonos a entender la importancia que se le prestaba a este elemento de poder. Entre éstas se destacan: *khanda, atar, khadga, tegha, lohatti, vaddhali, dodhara, niraasi, patta, katti, gupti, jamadhara, hari hetta, katar y chhuri*.



Fuente de información es también la figura de James Tod, un oficial de la Compañía de las Indias Orientales nacido en Escocia que había servido en la India como agregado militar. Tod describe el proceso del ritual en el que se veneraba la espada Rajput -la ceremonia de *Karga Shapna*- en su libro *Annals and Antiquities of Rajasthan*, editado en 1829. El coronel James Tod, que prestó sus servicios ejerciendo como agente político en Rajastán, realiza en su obra un detallado estudio de las tribus Rajputs.

A lo largo de su historia, los belicosos Rajputs lucharían contra gran cantidad de enemigos, entre ellos: mogoles, marathas, franceses e ingleses.

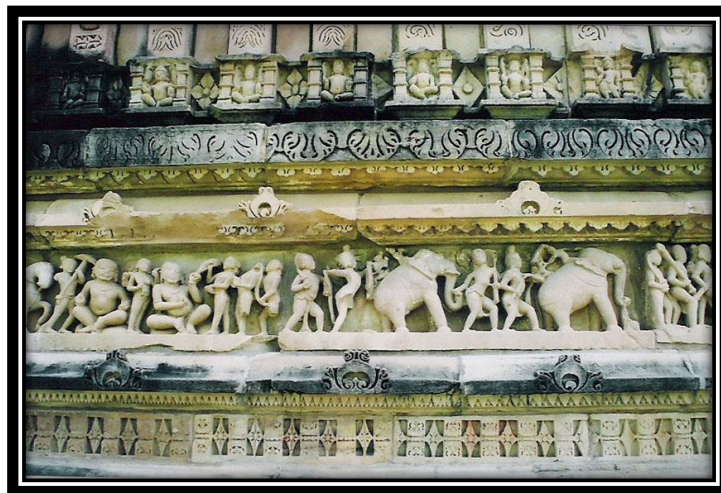
En el Estado de Madhya Pradesh había seguido yo el rastro de una de las tribus Rajput: la de los Chandelas, un clan que había fundado la ciudad de Khajuraho, un enclave célebre por sus templos cargados de esculturas con contenido erótico en el que se muestran, además, un gran número de relieves en los que se contemplan las armas más características de los ejércitos Rajputs.

Khajuraho es, junto a Nilakanteshwar, en Rajastán, uno de los ejemplos más notables que el arte de la escultura puede ofrecer para comprender más y mejor el alcance de las antiguas formas de lucha de aquellas tribus guerreras.

Había alquilado un jeep y abandonado Nueva Delhi a primera hora de la mañana, pues los más de seiscientos kilómetros que separan la capital de la India de la ciudad de Khajuraho necesitan de toda una jornada para ser completados, siendo una prioridad llegar a mi destino antes del anochecer. Así lo hice y, tras detenerme en Agra para deleitarme con el Taj Mahal, llegué a Khajuraho a primera hora de la tarde cuando ya la caída de la noche era inminente.

El conjunto arquitectónico de Khajuraho, construido por los reyes de Bundelkhand pertenecientes al clan de los Chandelas entre los siglos X y XI, está considerado Patrimonio de la Humanidad desde 1986 y reúne un total de veintidós templos – hinduistas y jainistas- divididos en tres secciones.

Los bajorrelieves que aparecían en aquellos magníficos muros eran de mucho interés para mi investigación y más allá de otras temáticas que también se manifestaban -costumbristas, eróticas, mitológicas o florales- busqué los registros ligados a las armas: las clásicas espadas, dagas y lanzas de los Rajputs.



El viaje había merecido la pena y no me defraudó el resultado obtenido pues pude ver espadas rectilíneas con doble filo, otras cortas y aún algunas más, curvadas. Observé también formaciones militares mostrando sus armas desenvainadas en posición horizontal en lo que parecía ser una clara señal de ataque, guerreros a lomos de animales cargando lanzas o sujetando espadas para embestir o, simplemente, soldados dedicando su tiempo a la caza. Entre estas esculturas son también significativas las escenas que muestran mujeres Rajputs sujetando dagas y arcos o blandiendo sus propias espadas.

Los pueblos Rajputs han dejado su huella en el amplio espacio que ocupan Estados de la India tan distanciados como Rajastán y Bengala, Orissa y Punjab.

Siendo éstos algunos de los lugares en los que se han gestado algunas formas de lucha que hoy son parte de su acervo cultural –también en forma de baile o danza- es oportuno subrayar que el espíritu marcial de los Rajputs continua hoy vivo, habiendo cristalizado en Artes Marciales como el Paika Akhada de Orissa o el Gatka de Punjab, así como en las danzas guerreras de Bengala.

El segundo pueblo que he mencionado -los Nair, o Nayars- conformó en el medievo la casta guerrera de Kerala y su selección está unida a la atracción que para mí ha supuesto aquel Estado de la India, una franja geográfica del Subcontinente que he visitado en dos ocasiones y cuyo pasado ha propiciado mi reencuentro con la historia de Portugal.

En efecto, antes de viajar a Kerala me había documentado sobre algunos viajeros portugueses que llegaron a sus costas en los siglos XVI y XVII, como Pero da Covilha, quien visitara Calicut en 1488; Vasco de Gama, que lo hiciera en 1498; Alfonso de Alburquerque, que llegaría a ser virrey de la India portuguesa y tomaría posesión de Goa en 1510; o el gran Duarte Barbosa, quien después de un periplo de estancia de más de una década en India y habiendo aprendido malayalam –lengua nativa de Kerala- ejerció como intérprete de Alburquerque, regresando posteriormente a su país, donde escribiría uno de los primeros libros sobre las costumbres de aquel Estado meridional al que tituló *Libro de Duarte Barbosa*.

El explorador, viajero y navegante portugués escribiría esta obra en 1516, describiendo en sus páginas las costas africanas e indias que tan bien llegaría a conocer.

En el *Libro de Duarte Barbosa*, el autor define muy claramente el espíritu guerrero de los Nair. Lo hace en estos términos:

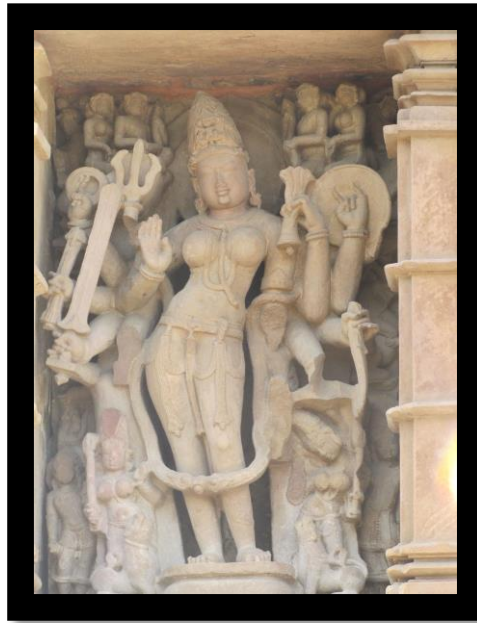
“En el Reino de Malabar, hay un grupo de personas que llaman “Nair”. Son nobles cuyo único deber es hacer la guerra. Llevan siempre sus armas con ellos, espadas y lanzas, arcos y flechas.

Siguiendo una disciplina rigurosa, nunca comen más de una vez al día, no beben vino y duermen muy poco. Cuando tienen siete años son enviados a la escuela donde se les enseñan numerosas habilidades.

Los Nair aprenden a bailar, girar, caer al suelo, dar grandes saltos y otro tipo de acrobacias, y lo hacen dos veces al día durante toda su infancia. Una vez que han dominado este entrenamiento se vuelven tan flexibles y elásticos que pueden hacer con sus cuerpos cosas antinaturales. Se les enseña a jugar con las armas con las que tienen una mayor afinidad, algunos utilizan arcos y flechas, otros practican con la lanza pero siempre terminan practicando con la espada”.

Es sabido que ya en el siglo XIII los Nair ejercían el poder en muchos reinos de la vieja Kerala donde según muchos investigadores no existía el sistema de castas que impondrían los Nambudiris procedentes del norte.

Los Nair mantenían un código de conducta basado en la acción de la guerra, la defensa del honor y el compromiso con su libertad.



Algunas teorías afirman que serían los Nambudiris quienes decidirían incluir a los Nair en la casta de los guerreros, o Khsatriyas.

Los Nair eran adeptos a la práctica de las Artes Marciales y desde muy jóvenes todos los miembros de esta casta eran instruidos en las formas de lucha tradicionales, como el Kalarippayattu, el arte guerrero por excelencia de Kerala.

Siguiendo el relato de Duarte Barbosa, encontramos estas otras anotaciones en las que pone de manifiesto la relación de los Nair con su rey, la importancia del maestro de armas -gurukkal- y el intenso adiestramiento militar al que eran sometidos.

En este sentido Duarte Barbosa nos ilustra de la siguiente manera:

“Todos los Nair viven con el rey y sus nobles, de quienes reciben una remuneración. Solo aquellos con linaje Nair pueden convertirse en guerreros Nair. Están enteramente dedicados al servicio de su Rey y de los nobles, protegiéndoles portando armas día y noche.

Algunos empuñan arcos y flechas, otros bastones y lanzas, aunque la mayoría practica con espada y escudo, las armas más utilizadas. El adiestramiento en el arte de la esgrima es diario.

El Nair de noble linaje debe ser armado como caballero por la mano del rey. Toman el juramento de morir por él y si es asesinado, prometen asesinar a aquellos que le mataron. Si en una batalla el maestro es asesinado cada Nair morirá pero lo hará matando a la máxima cantidad de soldados enemigos.

Los maestros que les enseñan son los gurukkal, quienes son honrados y respetados por todos los estudiantes siendo tratados casi como dioses. Es ley y costumbre inclinarse ante ellos incluso si el discípulo es más viejo que el maestro.

Incluso siendo ancianos, los Nair están obligados a practicar la esgrima. Esto es así hasta que les llega su muerte.

Algunos de los gurukkal viven con los reyes y los altos nobles y ya no enseñan. Estos maestros habrían sido en su momento capitanes de guerra de gran renombre. Prometen morir por el rey y obtienen diplomas en la ciencia de la guerra como hacen nuestros militares. Al conseguir estas distinciones reciben remuneraciones más generosas que otros Nair.

Para un Nair el combate es un asunto personal. Aunque haya mil hombres involucrados en la batalla el Nair hará por vengar a su rey. Avanzará solo para encontrarse con sus oponentes confiado en su capacidad en el manejo de las armas. Los Nair son ágiles y altamente cualificados, intrépidos y desdeñosos de dolor”.

Con el transcurrir de los tiempos los guerreros Nair estarían involucrados en las primeras contiendas contra los conquistadores portugueses enfrentándose, posteriormente, a los ejércitos de Francia e Inglaterra, de cuyas formaciones militares llegarían a formar parte activa.

Las Artes Marciales de Kerala, el teatro tradicional, las baladas de Malabar, el folklore y los juegos populares con connotaciones marciales que tan característicos son de aquel Estado del suroeste indio son producto, en gran medida, de aquel espíritu marcial que los guerreros Nair inocularon en la sociedad medieval de la que fueron parte esencial.

Kenshinkan dôjô 2018